

**EL ARGUMENTO DEL CUARTO CHINO Y LA HIPÓTESIS DEL LENGUAJE
DEL PENSAMIENTO**

**THE CHINESE ROOM ARGUMENT AND THE LANGUAGE OF THINKING
HYPOTHESIS**

Recibido: 01/4/2011
Aceptado: 19/12/2011

MARIO BARAHONA QUESADA

Universidad de Costa Rica

Resumen

En este artículo se exploran dos aproximaciones filosóficas al fenómeno de la cognición humana que asumen perspectivas mutuamente excluyentes: el *argumento del cuarto chino* de John Searle y la hipótesis del *lenguaje del pensamiento* de Jerry Fodor. Mientras que Searle considera que los principios formales son por naturaleza insuficientes para dar cuenta del contenido semántico inherente a nuestra mente, Fodor defiende la idea de que nuestros pensamientos son precisamente el producto de operaciones formales llevadas a cabo en una *lingua mentis* o *lenguaje del pensamiento*. Después de examinar con cierto detalle las características principales de ambas propuestas, se señalan algunas de las consecuencias del argumento de Searle con respecto a las tesis de Fodor y sus seguidores.

Palabras clave: argumento del cuarto chino, lenguaje del pensamiento, mentalese, lenguaje natural, ciencia cognitiva.

Abstract

This article explores two philosophical approaches to human cognition that assume mutually exclusive perspectives: John Searle's *Chinese Room argument* and Jerry Fodor's *language of*



thought hypothesis. While Searle considers that formal principles are by nature insufficient to account for the semantic content inherent to our mind, Fodor defends the idea that our thoughts are precisely a product of formal operations carried out in a *lingua mentis* or *language of thought*. After examining in some detail the main features of both proposals, we point out some of the consequences of Searle's argument regarding the theses of Fodor and his followers.

Keywords: chinese room argument, language of thought, mentalese, natural language, cognitive science.

El *argumento del cuarto chino* de John Searle, publicado por primera vez en 1980 en su artículo *Minds, Brains and Programs*, ha sido uno de los planteamientos filosóficos más ampliamente discutidos y comentados en el seno de las ciencias cognoscitivas. Su valor ha resultado tan paradigmático a esta disciplina que, por ejemplo, en 1982, Pat Hayes llegó a considerar la ciencia cognitiva como "...el programa de investigación que intenta demostrar que el argumento del cuarto chino es falso" (citado en Harnad, 2002, pp. 295). El objetivo principal del argumento se centra en objetar la validez de los presupuestos teóricos de la versión fuerte de la *inteligencia artificial* (IA, en adelante). De acuerdo con el autor, a diferencia de la IA débil o moderada, su contraparte, la IA fuerte, sostiene que las computadoras no

son sólo herramientas que nos permiten aproximarnos a la comprensión de la mente, sino mentes propiamente dichas, esto es, mecanismos que, programados adecuadamente, literalmente poseen estados cognitivos y son capaces de comprender; y por tanto, los programas computacionales son considerados no como medios útiles para probar explicaciones psicológicas, sino como las explicaciones mismas (Searle, 1980, p. 417).

Como una forma de poner a prueba estos principios, Searle diseña su argumento como un experimento mental contextualizado en los términos de la *prueba de Turing* (véase Turing, 1950). En él, un hablante nativo del inglés que desconoce por completo tanto la lengua china como su sistema de escritura es puesto dentro de una habitación, provisto solamente de un conjunto de símbolos

chinos y un manual de instrucciones en inglés que, por una parte, le permite relacionar formalmente los símbolos entre sí y, por otra, le indica cómo devolver, también formalmente, ciertos símbolos ante la presencia de otros que provienen del exterior del cuarto. Sin tener conciencia de ello, el ocupante del *cuarto chino* no es más que la instanciación de un programa computacional, donde los símbolos que se le pasan son, en realidad, preguntas (los *inputs* del programa), los símbolos que devuelve son respuestas a esas preguntas (los *outputs* del programa), la colección inicial de símbolos es la información sobre la que se pregunta (una base de datos), y el manual de instrucciones es el conjunto de algoritmos que constituyen el programa. Una vez puesto en marcha y con el suficiente entrenamiento, el argumento señala que el desempeño del individuo para manipular los símbolos llega a ser tan bueno que, a los ojos de un observador externo, sus respuestas resultan totalmente

indistinguibles de las que daría un hablante nativo del chino (Searle, 1980, p. 418). Visto así, Searle (1980) apunta que, por más adecuado o complejo que resulte un programa, una computadora nunca podrá adquirir comprensión sólo en virtud de la manipulación formal de símbolos, pues es obvio que, aunque el programa propuesto supera la *prueba de Turing* y cuenta con todos los recursos de los que la *IA* podría disponer, el individuo sigue sin comprender una sola palabra del chino (p. 418). Asimismo, afirma que el programa tampoco presenta las condiciones suficientes¹ como para llegar a constituir una explicación de la cognición humana, pues, en el ejemplo, la computadora y el programa funcionan correctamente y, aun así, sigue sin haber cognición que explicar (p. 418).

De lo anterior se desprende que deben existir, entonces, diferencias cualitativas importantes en torno de las cuáles se da en nosotros la

¹ Searle (1980, p. 418) señala que, aunque el *cuarto chino* no lo demuestra explícitamente, no hay razón para pensar que el programa pueda ofrecer, al menos, las condiciones necesarias para que haya cognición o que haga alguna contribución

significativa al respecto. ¹¹ Searle (1980) define la intencionalidad como “...esa característica de ciertos estados mentales por la que están dirigidos a o se tratan de objetos o estados de cosas en el mundo” (p. 424).

posibilidad de comprender y poseer otros estados intencionales¹¹, y no así, en las computadoras, como instancias particulares de un programa. En principio, dice Searle (1980, p. 422), no hay razones para pensar que no podamos producir una máquina capaz de comprender, al ser, en cierto modo, nuestro cuerpo y cerebro, precisamente una máquina. Sin embargo, esa posibilidad estaría limitada a la fabricación de un mecanismo que contara con poderes causales y procesos fisicoquímicos equivalentes, aunque no necesariamente iguales, a los que están presentes en los seres humanos; pues la raíz de nuestra intencionalidad reside en que somos un cierto tipo de organismo cuya estructura biológica es causalmente capaz, bajo ciertas condiciones, de producirla. Por tanto, si nuestros estados mentales son producto de la operación del cerebro, no podemos esperar que haya intencionalidad en una máquina entendida como instancia particular de un programa computacional que es, a su vez y por definición, independiente del medio en que se realiza.

Sin restar importancia a lo dicho, Searle (1980) señala, no obstante, que el punto central de su argumento y, así, la distinción cardinal entre nuestra mentalidad y la de un agente computacional consiste en que:

...ningún modelo puramente formal será jamás suficiente por sí mismo para que haya intencionalidad, porque las propiedades formales no son por sí mismas constitutivas de la intencionalidad, y no tienen en sí mismas más poder causal que el de producir, cuando son instanciadas, el siguiente paso en el formalismo... (p. 422)

Lo intencional, añade, se define por su contenido, no por su forma (p. 423); lo que nos debe interesar acerca de las operaciones del cerebro no es su apariencia formal, sino las verdaderas propiedades de sus secuencias sinápticas (p. 422). De este modo, la sola manipulación formal de símbolos no llega siquiera a ser tal, pues, si el símbolo no simboliza nada, lo que se manipula habrá de ser de otra índole (p. 422). La supuesta intencionalidad que se podría atribuir a una computadora existe

sólo en la mente de quienes la operan y conocen el significado de sus entradas (*inputs*) y salidas (*outputs*) (p. 422). En suma, a diferencia de los seres humanos, una computadora posee sintaxis, pero carece completamente de semántica (p. 422), y, como se ha visto, esta última no puede ser, en modo alguno, producto de la primera.

Estamos, ahora, en posición de comprender la profundidad de las implicaciones del argumento de Searle y las razones por las cuales, como se mencionó al principio, ha adquirido tal centralidad en torno del estudio de los fenómenos mentales. Si bien, aquí, disentimos por completo de lo que podría significar una afirmación como la de Hayes, sí parece ser que ésta encarna un cierto grado de verdad, esto es, que prácticamente cualquier propuesta en ciencia cognitiva, dada la innegable herencia computacionalista de que es depositario este campo de estudio, debe

asumir necesariamente una posición con respecto al *argumento del cuarto chino*. Siendo así, en lo sucesivo, examinaremos las tesis principales sobre las que se fundamenta la hipótesis del *lenguaje del pensamiento* de Jerry Fodor; para luego, explorar algunas de las dificultades a las que debe hacer frente desde una perspectiva como la de Searle.

La hipótesis del *lenguaje del pensamiento* o *mentalese*, como también se le conoce, fue desarrollada inicialmente por Jerry Fodor en 1975, en un libro que precisamente se titula *The Language of Thought*. Una caracterización general de esta hipótesis puede verse condensada en las palabras con que el mismo Fodor (1998) da inicio a su ensayo *Do We Think in Mentalese?:*

“...me inclino por la visión de que el vehículo de más o menos todo el pensamiento es un lenguaje innato y no natural”² (p. 63). Como se sugiere en estas

² Entendemos que, con *no natural*, Fodor pretende establecer una distinción entre el *mentalese* y cualquiera de las lenguas existentes. Sin embargo, no se puede dejar de hacer notar que el uso de la expresión resulta bastante desafortunado, en tanto

que, de existir un *mentalese*, como Fodor aduciría, éste sería, por antonomasia, el más natural de todos los lenguajes, si no El Lenguaje Natural genéticamente determinado.

líneas, el ámbito de aplicación del *mentalese* no considera, en principio, todos los aspectos de la actividad mental, pues Fodor admite que no se cuenta con argumentos suficientes como para hacerlo, y, de ser así, aunque esto no significaría una pérdida esencial en cuanto a las preguntas que a él le preocupan, sería ignorar la existencia de cierto tipo de pensamiento que puede ser llevado a cabo por medio de imágenes u otros recursos, incluyendo al lenguaje natural (p. 72). De este modo, podríamos comprender la hipótesis como una propuesta circunscrita al pensamiento que involucra actitudes proposicionales, tales como creencias, deseos, temores y otros estados mentales a los que se suele atribuir intencionalidad.

Siguiendo la exposición de Aydede (2004) sobre este tema, la hipótesis del *lenguaje del pensamiento* se fundamenta en la conjunción de las siguientes tres tesis: la *teoría representacional de la mente*; lo que Steven Horst (2005) llama la

aproximación computacional al razonamiento, que junto con la anterior constituye la *teoría computacional de la mente*; y el materialismo funcionalista. La primera de estas tesis puede dividirse en dos componentes. En primer lugar, una *teoría representacional del pensamiento* que, a diferencia de las posiciones de autores como Frege o Carnap³, considera los estados mentales como relaciones psicológicas de tres puestos entre un sujeto, una representación mental, dada en la forma de una frase en *mentalese*, y una proposición; donde se dice que el sujeto posee una actitud proposicional determinada si y sólo si se encuentra en una cierta relación con la representación mental cuyo contenido es precisamente la proposición en cuestión. El segundo componente de la *teoría representacional de la mente* consistiría en una *teoría representacional de los procesos mentales*, en la cual éstos serían caracterizados como secuencias causales de casos particulares

³ A diferencia de Fodor, Frege y Carnap consideraban las actitudes intencionales como relaciones diádicas entre un sujeto y una proposición, en el caso de Frege, y entre un sujeto y una oración en lenguaje natural, en el de Carnap.

Fodor discute sobre estas cuestiones en su artículo *Propositional Attitudes* de 1978.

de las representaciones mentales a las que nos hemos referido.

Asimismo, de acuerdo con Fodor y Pylyshyn (1988), la *aproximación computacional al razonamiento* postula que las representaciones mentales pertenecen a un sistema simbólico, un *lenguaje del pensamiento*, que, a su vez, consta de dos componentes. Primero:

...una sintaxis y una semántica combinatorias, en las que (a) hay una distinción entre representaciones estructuralmente atómicas y estructuralmente moleculares; (b) las representaciones estructuralmente moleculares poseen constituyentes sintácticos que son, ellos mismos, o estructuralmente moleculares o bien estructuralmente atómicos; y (c) el contenido semántico de una representación (molecular) es una función de los contenidos semánticos de sus partes sintácticas, junto con su estructura constitutiva. (p. 8)

Luego, una sensibilidad causal a la estructura formal y combinatoria de las

representaciones por parte de los procesos mentales. En palabras de los autores, “...los principios por los cuales los estados mentales son transformados [...] están definidos sobre las propiedades estructurales de las representaciones mentales” (p. 8).

Por último, la tesis del *materialismo funcionalista* concibe las representaciones mentales como entidades funcionalmente caracterizables que son realizadas por las propiedades físicas del sujeto que las posee, y cuya estructura combinatoria supone una contraparte en las relaciones estructurales de las propiedades materiales del cerebro. Según Pylyshyn (1984, pp. 193-194), mientras que las proposiciones son abstractas, las representaciones son entidades concretas que forman parte de un sistema de símbolos interno y físicamente instanciado, el *mentalese*.

Dado este panorama general, consideraremos los argumentos de Fodor y sus seguidores en favor de una *lingua mentis* como correspondientes a dos categorías distintas: en una, se ubicarían las observaciones acerca de la necesidad de un sistema simbólico semejante al lenguaje como medio de realización para el

pensamiento; en la otra, las razones por las cuales aducen que ese sistema no puede residir en las lenguas naturales, sino exclusivamente en un lenguaje privado. Los argumentos del primer grupo consisten en el establecimiento de una serie de paralelismos entre ciertas características de la cognición humana y algunos aspectos del lenguaje, en su mayoría sintácticos; de modo que, en general, parten de elaboraciones procedentes del terreno de la lingüística y la filosofía del lenguaje. Veamos los más significativos.

Para comenzar, el argumento sobre la *productividad del pensamiento* propone que, si se dice que el lenguaje es productivo en el sentido de que podemos comprender y producir potencialmente infinitos pronunciamientos a partir de recursos finitos, así también el pensamiento deberá ser productivo; pues, una comprensión y producción tales involucrarán necesariamente la posesión de un conjunto de pensamientos de idéntica cardinalidad (al menos, uno por cada enunciado posible), y, sin embargo, como seres finitos, no contamos con la capacidad para almacenar pensamientos ilimitados (Fodor y Pylyshyn, 1988, pp. 21-24). En segundo

lugar, el argumento acerca de la *sistematicidad de las representaciones cognitivas* señala que, al igual que nuestra *competencia* lingüística, nuestra habilidad para poseer ciertos pensamientos está intrínsecamente conectada con nuestra capacidad para poseer ciertos otros, esto es, si podemos representar mentalmente *aRb*, entonces sistemáticamente podremos representar *bRa* (pp. 24-28). El tercer argumento vendría dado por lo que Fodor y Pylyshyn (pp. 28-32) llaman *principio de composicionalidad de las representaciones*, el cual estima que, si el pensamiento es sistemático, la contribución semántica de una representación deberá, como ocurre con los elementos léxicos, ser aproximadamente la misma para cada pensamiento en que aparezca, de forma que los pensamientos sistemáticamente conectados estén, a su vez, semánticamente relacionados en virtud de sus constituyentes. En cuarto lugar, el argumento de *coherencia inferencial o sistematicidad de los procesos de pensamiento* considera que, así como la posesión de pensamientos es sistemática, así también las inferencias a partir de tales pensamientos serán sistemáticas, es decir, cuando se piensa no

se pasa de un pensamiento a otro de forma arbitraria, sino que debe existir una relación lógica causal que permita inferir unos pensamientos a partir de otros (pp. 3233). En este sentido, Pylyshyn (1984, p. 196) apunta que las estructuras oracionales predicado-argumento son los únicos medios conocidos en que se puede codificar una afirmación evaluable veritativamente. Por último, el argumento sobre la *opacidad de las atribuciones proposicionales* (Pylyshyn, 1984, pp. 194-196) establece que el comportamiento de un individuo en una cierta actitud proposicional dependerá más de la forma (lingüística) de sus representaciones que del estado de cosas en el mundo al que éstas remitan, pues, el que dos o más proposiciones se refieran a lo mismo, no garantiza que el sujeto las trate por igual o tenga conciencia de su identidad⁴. De todo lo anterior, se llega, entonces, a la conclusión de que solamente un sistema simbólico, productivo, sistemático, combinatorio, coherente, y sensible a formas distintas de representar un mismo

objeto, tal y como el lenguaje, podría ser capaz de dar cuenta de la presencia de estas mismas características en la cognición humana, y, así, de servir como vehículo efectivo para el pensamiento.

Si bien los argumentos, hasta aquí, mencionados bastan para sugerir al lenguaje natural como el candidato idóneo para la realización del pensamiento, sabemos bien que los proponentes del *mentalese* afirman precisamente lo contrario. Al respecto, Fodor (1975) dice: “[l]a única cosa que está equivocada con esta propuesta [de que pensamos en el lenguaje natural] es que no es posible tomarla seriamente...” (p. 56). Para él y para quienes lo apoyan, el lenguaje natural no es sino un medio para la expresión del pensamiento (Fodor, 1998, p. 66), no su vehículo. De ahí que los paralelismos que establecen entre el dominio lingüístico y el cognitivo no apliquen propiamente a todos los aspectos del lenguaje natural, sino solamente a aquellos que persisten en sus proyecciones formales. Fodor incluso llega

⁴ A manera de ejemplo, Pylyshyn (1984, pp. 194-195) se refiere a la diferencia en el valor cognitivo

de los nombres “Mark Twain” y “Samuel Clemens” para alguien que ignore que son la misma persona.

a dudar, por no decir que niega absolutamente, que exista algo como contenido o significado en las expresiones del lenguaje natural, según señala, "...las oraciones en inglés, los números, y las mesas y sillas, [...] no son la clase de cosas a las que el significado es inherente" (Fodor, 1998, p. 67). De este modo, todo lo que constituye la semántica quedaría inscrito dentro la esfera del *lenguaje del pensamiento*, y la comprensión y posesión de una lengua particular quedarían reducidas a "...saber cómo asociar sus expresiones con las expresiones del mentalesé..." (Fodor, 1998, p. 67).

La justificación a estas consideraciones Fodor la sustenta sobre la base de los argumentos correspondientes a la segunda categoría que, antes, habíamos mencionado y a la que nos referiremos a continuación¹⁵. En primer lugar, Fodor (1975, pp. 56-58) aduce que la objeción más obvia a la idea de que pensamos en el lenguaje natural proviene de la observación de ciertas formas de pensamiento, tales como, acción

¹⁵ Si bien los argumentos en esta dirección son abundantes en la literatura, aquí, solamente

haremos mención de tres de ellos. Para algunos otros, véase, por ejemplo, Pinker (1997, p. 70, 2000, pp. 69-73, 2007, pp. 148-150) calculada, aprendizaje conceptual e integración perceptual en organismos no verbales. La única forma de dar cuenta de estos procesos, dice, es mediante la utilización de modelos computacionales, y estos presupondrán siempre un sistema representacional que, como es evidente, será distinto del lenguaje natural. Así, sigue, o se abandona la idea de que estos seres poseen algún grado de pensamiento, o se abandona la idea de que éste ocurre en el lenguaje natural. El segundo argumento tiene que ver con la adquisición de la lengua materna. Para Fodor, aprender una lengua consiste en un proceso de formación y confirmación de hipótesis, donde la asimilación de las propiedades semánticas de los predicados de esa lengua se da por medio de la generalización o establecimiento de una regla de verdad que determina la extensión de tal predicado (p. 59). Sin embargo, afirma que esto no puede ocurrir

...a menos que ya se posea un sistema capaz de representar los predicados de esa lengua y sus extensiones. Y [...] ese sistema no

puede ser la lengua que se está aprendiendo. [...] Por tanto, al menos ciertas operaciones cognitivas son llevadas a cabo en lenguajes distintos de las lenguas naturales. (p. 64)

Por último, Fodor (1998) argumenta que pensar no puede ser solamente pensar en el lenguaje natural, porque el pensamiento debe estar libre de ambigüedades en formas en las que las meras secuencias de palabras de una lengua natural no lo están (p. 64). Como ejemplo, el autor propone la expresión “todos aman a alguien”, en la que, dadas las dos interpretaciones posibles a las que puede ser sometida, subyacen dos pensamientos distintos que, sin embargo, son indiscernibles si sólo se atiende al enunciado. En vista de esto, Fodor señala que el tipo de estructura lingüística capaz de servir como vehículo al pensamiento debe ser algo semejante a lo que Chomsky llama forma lógica de las oraciones, es decir, fórmulas que permiten distinguir los pensamientos y sus roles causales sintácticamente (p. 65).

Como se ha podido observar, tanto las premisas de las que parten los

partidarios de la hipótesis del *mentalese* como los argumentos con los que la justifican como la *mejor teoría* son, en su mayoría, vulnerables a cualquier ataque fundamentado en los términos del *argumento del cuarto chino*. A continuación, presentaremos brevemente cuáles podrían ser algunas de las objeciones de Searle al respecto, para lo cual seguiremos el mismo orden de exposición utilizado al referirnos a las ideas de Fodor. En primera instancia, es necesario hacer notar que Searle no se muestra contrario a una *teoría representacional de la mente*, entendida ésta en un sentido amplio; sabemos bien, por sus escritos sobre filosofía del lenguaje e intencionalidad, que él afirma que contamos con un sistema representacional interno con el que categorizamos el mundo, identificamos los objetos y los relacionamos con contenidos intencionales (Searle, 1983, p. 259). Sin embargo, su posición, evidentemente, rechazará la existencia de representaciones mentales constituidas por frases en *mentalese* o cualquier otro sistema puramente formal.

Ahora bien, como dijimos anteriormente, la hipótesis de Fodor

pretende dar cuenta de las actitudes proposicionales y los estados intencionales, y esto cree lograrlo a través de la *aproximación computacional al razonamiento*. No obstante, de acuerdo con el *argumento del cuarto chino*, tal intento resulta absolutamente inútil. Primero, no se ofrece ninguna explicación acerca de la naturaleza del contenido semántico de las representaciones atómicas, sino que se da por sentado su existencia (Aydede, 2004); lo cual simplemente equivale a trasladar el problema de la intencionalidad de un nivel de análisis más amplio (molecular) a otro más específico (atómico). Segundo, se asume que el *principio de composicionalidad* es condición suficiente para que las representaciones moleculares hereden el contenido semántico, sea lo que esto sea, de sus constituyentes sintácticos (Aydede, 2004); pero Searle señala precisamente que tal cosa es irrealizable, pues la semántica no deriva, en modo alguno, de la sintaxis, ni las características formales son constitutivas de la intencionalidad; la única intencionalidad que podría encontrarse en un arreglo de símbolos corresponde a la de un intérprete externo que conozca efectivamente cuál es el significado de tales símbolos y de qué

forma están relacionados semánticamente (Searle, 1980, p. 422). Y tercero, la propuesta sensibilidad causal de los procesos mentales con respecto a la estructura formal de las representaciones tampoco aclara nada sobre la dimensión intencional del sistema, dado que el único poder causal de las propiedades sintácticas es el de servir de entrada para una nueva transición en el formalismo (p. 422), es decir, un mero cambio mecánico sin un valor semántico inherente.

Por otra parte, si bien la tesis del *materialismo funcionalista* propone una relación material entre las representaciones mentales y las propiedades físicas del cerebro, el simple hecho de plantear el *mentalese* como un sistema formal hace de dicha relación una condición circunstancial, pues es de la esencia misma de lo formal el poder ser realizado en cualquier medio físico que se desee: circuitos, palomas, tubos de agua o gatos y ratones. Siguiendo a Searle (1980, p. 423), el dualismo que subyace a esta posición es una de las razones por las que las aproximaciones computacionales no serán nunca capaces de dar cuenta de la cognición humana, en tanto que no es

posible concebir la intencionalidad en ausencia de, al menos, un equivalente de los poderes causales y procesos fisicoquímicos de nuestro cerebro.

En cuanto a los argumentos de Fodor en favor de una forma lingüística para el pensamiento, solamente diremos que, desde la perspectiva de Searle, éstos constituirían condiciones necesarias que un sistema representacional debería satisfacer, debido a que se refieren a ciertas propiedades observables en el lenguaje natural que por transitividad se atribuyen al dominio de la cognición. Sin embargo, no serían, en modo alguno, condiciones suficientes, pues hablar sólo en términos de productividad, sistematicidad y las demás características mencionadas obvia por completo el elemento primordial del que dependen tanto el lenguaje como todo pensamiento intencional, esto es, el contenido (Searle, 1980, p. 423).

Por último, a pesar de que esto no forma parte del proyecto de Searle, parece ser que sus argumentos también pueden ser extendidos para objetar la negación de que el lenguaje natural sea un medio adecuado para la representación del pensamiento. Si bien Searle (1980, p. 423) admite la

posibilidad de que los organismos pertenecientes a otras especies posean intencionalidad, es evidente que las propiedades fisicoquímicas de sus cerebros no son equivalentes a las nuestras, y por lo tanto, tampoco sus sistemas representacionales tienen por qué ser equivalentes a los nuestros, si asumimos, como lo hace Searle, que la mente es un producto causal de tales propiedades. El mismo razonamiento podría aplicarse al argumento sobre la adquisición del lenguaje. Aunque los niños prelingüísticos poseen potencialmente la misma estructura biológica que los adultos, los primeros están sometidos a un proceso de maduración tanto a nivel físico como cognitivo, y así, la complejidad de sus representaciones mentales no puede ser comparable con la de sus mayores. Además, la existencia de una ventana de oportunidad o período crítico para la adquisición de una primera lengua refleja que dicho proceso depende más de un cierto grado de plasticidad e inmadurez cerebral que de una capacidad innata para formular y confirmar hipótesis, como aduciría Fodor. Asimismo, con respecto a la ambigüedad del lenguaje natural, ya hemos enfatizado suficientemente en el

hecho de que lo sintáctico no deviene semántico; así que, si los proponentes del *mentalese* insisten en que un sistema eminentemente semántico, como lo es el lenguaje natural (aunque ellos no lo acepten), no logra resolver los contextos ambiguos (como efectivamente lo hace, por ejemplo, por medio de paráfrasis), mucho menos lo logrará resolver un sistema formal, que no es más que una proyección de las propiedades sintácticas del primero. En vista de lo dicho, parece ser que, una vez que contextualizamos

apropiadamente los argumentos con que Fodor cree demostrar que el lenguaje natural no puede ser nuestro medio de representación mental, éstos más bien nos conducen a conclusiones totalmente opuestas; pues solamente en el lenguaje natural podríamos hallar, por una parte, una explicación representacional de las diferencias cognitivas entre los seres humanos adultos, los niños y el resto de las especies, y por otra, un metalenguaje capaz de llevar a cabo la desambiguación de sí mismo.

Referencias

- Aydede, M. (2004). The Language of Thought Hypothesis [en línea]. En Zalta, E. (Ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2004 Edition). Recuperado de <http://plato.stanford.edu/archives/fall2004/entries/language-thought/>.
- Fodor, J. (1975). *The Language of Thought*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Fodor, J. (1978/2000). Propositional Attitudes. En Stainton, R. *Perspectives in the philosophy of language: A Concise Anthology* (pp. 137-161). Ontario, Canada: Broadview Press.
- Fodor, J. (1998). *In Critical Condition: Polemical Essays on Cognitive Science and the Philosophy of Mind*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Fodor, J. y Pylyshyn, Z. (1988). *Connectionism and Cognitive Architecture: A Critical Analysis*. Rutgers Center for Cognitive Science.

- Harnad, S. (2002). Minds, Machines and Searle 2: What's Right and Wrong About the Chinese Room Argument. En Preston, J. y Bishop, M. (Eds.). *Views into the Chinese Room: New Essays on Searle and Artificial Intelligence* (pp. 294-307). New York: Oxford University Press.
- Horst, S. (2005). The Computational Theory of Mind [en línea]. En Zalta, E. (Ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2005 Edition). Recuperado de <<http://plato.stanford.edu/archives/fall2005/entries/computational-mind/>>.
- Pinker, S. (1997). *How the Mind Works*. New York: W.W. Norton & Company, 1997.
- Pinker, S. (2000). *The Language Instinct: How the Mind Creates Language*. New York: Harper Perennial Modern Classics.
- Pinker, S. (2007). *The Stuff of Thought: Language as Window into Human Nature*. New York: Viking.
- Pylyshyn, Z. (1984). *Computation and Cognition: Toward a Foundation for Cognitive Science*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Searle, J. (1980). Minds, Brains and Programs. *The Behavioral and Brain Sciences*, 3 (3), 417-457.
- Searle, J. (1983). Proper Names and Intentionality. En *Intentionality* (pp. 231-261). Cambridge, Massachusetts: Cambridge University Press.
- Turing, A. (1950). Computing, Machinery and Intelligence. *Mind*, 49, 433-460.